



# 02/Jeremías: El poder de una vida vulnerable

**Dolores Aleixandre Parra,**  
Religiosa del Sagrado Corazón.  
Profesora jubilada de Sagrada Escritura.  
Universidad Pontificia de Comillas. Madrid.

A la hora de buscar en la teología bíblica algunas claves que permitan vivir sanamente la vulnerabilidad, el itinerario vital del profeta Jeremías representa un icono luminoso que permite descubrir cómo de una existencia, en apariencia sombría envuelta en conflictos, puede surgir una fuerza luminosa de humanización.

*Palabras clave: Negación, Rebeldía, queja, Diálogo, Rendición.*

When searching in the biblical theology some clues that allows us to live vulnerability in a healthy way, the vital route of prophet Jeremiah represents a luminous icon that allows us to discover how a luminous power of humanization can come from an apparently gloomy existence engulfed in conflicts.

*Key words: Negation, Rebelliousness, Complaint, Dialogue, Surrender.*

“Claves para vivir sanamente la vulnerabilidad” ¿Quién no desearía encontrarlas? Desde nuestros hábitos de razonamiento y reflexión, aprendidos a lo largo de muchos siglos de cultura occidental, preparamos las herramientas de búsqueda: observar, analizar, abstraer, relacionar, sacar conclusiones.

Y es algo bueno y razonable, pero poco útil cuando su objeto de estudio es ese conjunto de libros que llamamos Biblia. Al acercarnos a ella necesitamos manejar otras perspectivas, aplicar otras destrezas, situarnos en otro ángulo de visión (y también de audición, de olfato, de gusto o de tacto...). Y estar dispuestos a que nuestro lenguaje abstracto (vulnerabilidad, contingencia, fragilidad, inseguridad, debilidad, indefensión...), deje espacio a otros modos de nombrar la realidad: hambre, sed, temblor, oscuridad, escalofríos, sudor, huida, combate, lágrimas, lamentos, ceniza, polvo o gritos...

Parece una maraña intransitable pero, a través de ella, se van abriendo los caminos que conducen a la sabiduría que buscamos y que pugna por revelarse en rostros de hombres y mujeres concretos, marcados por experiencias de miedo, dolor, quejas, suspiros, luchas, impotencias, agonías, muerte o liberación.

Es a ellos a quienes hay que contemplar calladamente para descubrir cómo vivieron esa tarea, siempre ardua e inacabada, de convertir su condición frágil en una vida plena y lograda. En estas páginas nos acercaremos a uno de esos personajes, el profeta Jeremías, por si podemos

reconocer en él algo de ese misterioso proceso que conduce a un ser humano a convertir su vulnerabilidad en una oportunidad de crecimiento y transformación.

Nos aproximaremos a esta personalidad gigantesca, no desde la curiosidad de quien estudia la biografía de un personaje ilustre, sino desde el deseo de descubrir en su larga y atormentada existencia, algunas claves para descubrir el potencial que esconde nuestro ser, tan quebradizo como el suyo. “Donde está el peligro, crece también la salvación”, decía **Friedrich Hölderlin**.

## 1/

### Sumergido en un tiempo caótico.

“Miro a la tierra: ¡caos informe! al cielo: está sin luz; miro a los montes: tiemblan; a las colinas: danzan; miro: no hay hombres, las aves del cielo han volado; miro: el vergel es un páramo, los poblados están arrasados por el Señor, por el incendio de su ira” (4, 23-26);

“De tierra lejana llega el enemigo, lanzando gritos contra las ciudades de Judá (...) Al oír a los jinetes y arqueros huyen los vecinos... Oigo un grito como de parturienta, sollozos como en el primer parto, el grito angustiado de Sión”(4,16.29.31).

**Tinieblas, caos, gritos, alaridos, pánico...** ¿Se trata de una exageración? No lo es si recordamos las circunstancias históricas que rodearon la existencia de Jeremías. Las encontramos al leer su libro, en la documentación bíblica y en

los anales extra-bíblicos de la época: a comienzos del s VI a.C. el emperador emergente de los caldeos, **Nabucodonosor**, presiona al debilitado reino de Judá y, después de un final trágico de sus reyes, en 586 el ejército asaltó la ciudad, derribó sus murallas, incendió el templo y gran parte de sus habitantes fueron deportados a Babilonia.

¿Cuál fue el papel de Jeremías en todo esto? Había recibido una llamada del Señor que le llamaba a urgir a la conversión, a denunciar los desvaríos de los gobernantes, a luchar contra cualquier forma de falsedad (de las 72 veces que aparece el término en el AT, 36 corresponden su libro). Por debajo de las apariencias de paz, **Jeremías** presiente la tragedia, anuncia el abismo por el que están a punto de despeñarse y propone una decisión impopular: someterse al poder de Babilonia, no presentar batalla.

No le escuchan (Cf.25,3); le juzgan como colaborador del enemigo (Cf. 20,10; 26,11); vive la frustración de un celibato impuesto y de una vida solitaria (15,17,16); es objeto de burla: (20,8); su familia se le opone (12,6); lo rodea la hostilidad y las maquinaciones contra él (18,18ss); lo detienen y torturan (37,11-38,12). Después de la catástrofe de 586, intenta reunir un resto de judíos que continuaba en Palestina, pero finalmente se frustran sus planes y es llevado por la fuerza a Egipto: allí pronuncia sus últimos oráculos y desaparece su rastro.

## 2/

### Llamado y rebelde.

“Palabras de Jeremías, hijo de Jelcías, de los sacerdotes residentes en Anatot, territorio de Benjamín. (...) La palabra del Señor vino

sobre mí: Antes de formarte en el vientre te conocí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de los paganos. Yo repuse: ¡Ay Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho”(1,1-6).

Los relatos bíblicos dedican atención particular al momento inicial de la llamada de sus protagonistas. En el caso de Jeremías, la irrupción repentina de Dios vulnera de alguna manera su existencia y, ante una llamada que tiene algo de abrumador y disruptivo, el profeta reacciona resistiéndose y retrocediendo, intentando escapar y refugiarse en su propia incapacidad.

Es la etapa de la negación y los pretextos:

“No sé hablar” (“no poseo suficiente madurez”, “no estoy preparado”, “no valgo, no puedo, no sé”) “No pensaré más en él, no hablaré más en su nombre” (20,9).

Al negar sus propias cualidades, tampoco ve nada positivo a su entorno y cae en un pesimismo feroz: el corazón humano es impenetrable y ni siquiera el diamante puede hacer mella en él:

“El pecado de Judá está escrito con punzón de hierro, con punta de diamante está grabado en la tabla del corazón” (17,1).

No existe en él capacidad alguna de cambio:

“¿Puede un etíope cambiar de piel o una pantera de pelaje? Igual vosotros: ¿podréis enmendaros, habituados al mal?” (13,23).

La negatividad que le invade, le lleva a generalizar su visión del ser humano y a considerar inútil cualquier intento de comprenderlo:

“Nada más falso y enconado que el corazón: ¿quién lo entenderá?” (17,9);  
“¡Maldito quien confía en un hombre y busca apoyo en la carne, será cardo estepario que no llegará a ver la lluvia, habitará un desierto abrasado, tierra salobre e inhóspita”(17,5).

Su propia existencia le parece maldita (20, 7-17) y la huida le parece una solución deseable:

“¡Quién me diera en el desierto una posada de caminantes para poder dejar a mi pueblo y alejarme de su compañía!” (9,1).

### 3/

## Arrastrado por lo inevitable.

Sin embargo, la realidad en la que el profeta reconoce a su Dios, se le impone de una manera arrolladora. Se da cuenta de que su situación de ser conocido (algo “pasivo” o “padecido”, sin intervención alguna por su parte...) supone que Dios va a “hacerse cargo” totalmente de su existencia y que va a ser llevado mucho más allá de los límites que él mismo nunca hubiera podido franquear:

“No digas que eres un muchacho: que a donde yo te envíe, irás; lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy con-tigo para librarte oráculo del Señor . El Señor extendió la mano, me tocó la boca y me dijo: Mira, yo pongo mis palabras en tu boca, hoy te establezco sobre pueblos y reyes, para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar” (1,7-10)

No hay escape posible y Jeremías lo sabe: está enfrentado a lo inevitable y ya no le sirve la negación. La Palabra sola y desnuda que le es dirigida personalmente, penetra en sus huesos y se incauta de su existencia.

El seno materno al que se aludía en el comienzo deja de ser un ámbito de protección e intimidad y ahora se encuentra situado ante el espacio abierto y arriesgado de las naciones. Y todo ello bajo el signo de la totalidad:

“Todo lo que yo te diga (...) a todo el país...”

Aún le queda otra vía de escape: las quejas:

“¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste hombre de pleitos y contendas con todo el mundo!”(15,10);

“¡Ay mis entrañas, mis entrañas! Me tiemblan las paredes del pecho, tengo el pecho turbado y no puedo callar” (4,19).

Expresa libremente sus sentimientos de dolor y soledad (4, 10-20; 8, 18) y se atreve a reprochar a Dios su conducta hacia él:

La historia de Jeremías podría ser descrita como un arco que une dos extremos: el del NO y el del AMÉN y su trayectoria humana y espiritual está marcada por ambas posturas

“Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me violaste...” (20,7)

El verbo seducir es terrible y evocaba en la legislación de Israel la acción de seducir a una muchacha virgen engañándola e incluyendo un componente de violencia (Cf. Ex 22,15).

Está siguiendo la vieja tradición de Israel de una total carencia de “autocensura” a la hora de hablar con Dios, y por eso no duda en enfrentarse con él, entra en clara confrontación con sus planes, habla de él con imágenes que hoy consideraríamos casi blasfemas: le llama “arroyo engañoso” (15,18), “forastero en el país”, “hombre aturdido”, “soldado incapaz de vencer...”(14,8-9).

Le acusa de no cumplir sus promesas, de comportarse con ambigüedad, de ser enemigo de inocentes; le increpa: acuérdate de mí, ocúpate de mí, muestra mi inocencia, castiga a mis enemigos; le pregunta una y otra vez por qué y hasta cuándo, usa infinitas veces el término hebreo herpah: ignominia, vergüenza, deshonor, oprobio, mutilación y también la interjección 'oy que evoca una amenaza de castigo y expresa la rebelión de alguien que se revuelve con angustia.

### 4/

## Invitado a mirar más allá.

En medio de su revuelta, es invitado a asomarse más allá de sí mismo y a dirigir su mirada fuera de la estrechez de sus límites y, al entrar en contacto con la naturaleza, recibe el desafío de dar otra interpretación a lo que le ocurre:

“El Señor me dirigió la palabra: ¿Qué ves, Jeremías? Respondí: Veo una rama de almendro. Me dijo: ¡Bien visto! Que alerta estoy yo para cumplir mi palabra” (1,11-12).

Como si estuviera escuchando este mensaje tranquilizador.

“Tranquilo, hombrecillo tembloroso: lo mismo que no depende de ti la llegada de la primavera, tampoco depende de ti que las cosas sigan su curso”.

Se trataba de descubrir un sentido mayor que conducía los acontecimientos más allá de tus temores y por eso debía “bajar a casa del alfarero” (18): era en los lugares en apariencia intrascendentes de la vida humana, donde iba a recibir inspiración y fuerza. La vida cotidiana se convierte para Jeremías en vehículo de comunicación divina: la casa, los oficios, la calle, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte, las fiestas, el campo, las labores agrícolas, los animales, el agua, el fuego, el viento, la tierra... Y también las relaciones humanas que ahí se tejen: el amor, el matrimonio, el parto, la infidelidad, los celos, el perdón, el sufrimiento, las lágrimas, la decepción...

Explora también el camino del diálogo con Dios. En las numerosas escenas que narran ese diálogo, se dan diversas modalidades: hay pasajes en que el Señor habla a Jeremías y él no responde; en otros, es el profeta quien habla con el Señor sin encontrar respuesta y, en ocasiones, sí acontece una intercomunicación.

Cuando Jeremías es el primero en hablar, se oyen gritos y quejas de un corazón herido; hay más serenidad cuando evoca palabras de las que el Señor tiene la iniciativa; cuando evoca situa-

1. "La no-evitación implica una aceptación profunda de lo que ocurre. No como claudicación, resignación, pasividad o indolencia, sino como consecuencia de una sabiduría que permite ver más en profundidad. Sin aceptación no cabe la reconciliación con lo que es. En su lugar, lo que se da es resistencia, que no hace sino prolongar e incrementar aquello que (inútilmente) intentamos resistir. La actitud sabia -y, por tanto, liberadora- va de la mano de la lucidez y de la humildad y adopta la forma de aceptación. Todo arranca de ella. Lo cual no significa que resulte fácil o que, antes de llegar a vivirla, la persona no haya tenido que pasar por la negación, la rebeldía, la frustración, la decepción o la depresión (en las inevitables etapas emocionales de un proceso de duelo). Pero, antes o después, no habrá salida posible sin rendirnos a lo que Es. Porque solo esa rendición nos alinea con lo que es, es decir, nos conecta con la verdad. El secreto de la serenidad -y de la sabiduría- consiste en rendirse a Lo que Es". (E. Martínez Lozano, "La persona ante el sufrimiento. Entre la vulnerabilidad y la plenitud". En Espiritualidad en Clínica. Una Propuesta de Evaluación y acompañamiento Espiritual en Cuidados Paliativos. Monografías SERCAL N.º 6 Noviembre 2014 p.31)

ciones del pasado, va descubriendo que todo lo que ha acontecido en su vida ha venido del Señor. Y cuando alcanza la paz, reconoce que su seguridad depende siempre de la referencia a una Palabra que le ha sido dirigida y que no cesa de vincularle de una manera irresistible:

“La sentía dentro como fuego ardiente encerrado en los huesos, hacía esfuerzos por contenerla y no podía” (20,9).

## 5/ Conducido hacia el consentimiento<sup>1</sup>.

La historia de Jeremías podría ser descrita como un arco que une dos extremos: el del NO y el del AMÉN y su trayectoria humana y espiritual está marcada por ambas posturas.

A pesar de sus protestas, la desesperanza no fue su última palabra: un Dios silencioso y enigmático le condujo a través de “cañadas oscuras” a la tierra de la fidelidad, de la obediencia.

A partir de un determinado momento, da la sensación de que Jeremías deja de rebelarse y de hacer reproches a Dios y son entonces su vida misma y su fidelidad a la misión que le había sido confiada, las que se convierten en su forma de respuesta.

Como alguien que, después de preguntar tantas veces a Dios: - “¿De qué parte estás?”, hubiera escuchado una y otra vez, aunque en medio de la noche, la respuesta recibida en el momento de su vocación: “Estoy contigo” (1,8.19).

## 6/ Expresándose a través de símbolos.

Dos últimas escenas de la vida de Jeremías dan testimonio de esta actitud de radical rendición a Dios y a la misión recibida de él. Y lo narran con el lenguaje de los gestos simbólicos, mucho más elocuentes que el de las palabras.

El rollo quemado (36) A manos del rey Joaquín había llegado el rollo de pergamino que contenía las palabras que había escrito Jeremías de parte del Señor. El rey, decidido a impedir su influencia y en presencia de toda la corte, lo fue cortando y arrojándolo a un brasero encendido hasta que todo quedó reducido a cenizas.

El significado del gesto era claro: desprecio absoluto por las palabras del Profeta, intento aparentemente conseguido de aniquilar una Palabra que provenía de Dios pero que resultaba incómoda para sus planes. ¿Iba a ser ese el destino de la Palabra- se preguntaría quizá el profeta? ¿Van a triunfar el mal y la destrucción? No. Escuchó de nuevo esta palabra del Señor:

“Toma otro rollo y escribe en él todas las palabras que había en el primer rollo, quemado por Joaquín, rey de Judá (...) Jeremías tomó otro rollo y se lo entregó a Baruc, hijo de Nerías, el escribano, para que escribiese en él, a su dictado, todas las palabras del libro quemado y se añadieron otras muchas palabras semejantes” (36, 32).

Más allá de cualquier intento de destrucción, la Palabra se mantiene viva y nada ni nadie podrá acallarla.

El gesto simbólico de la compra del campo (32) es otra parábola viva de la existencia profética de Jeremías: cuando está ya sitiada la ciudad por las tropas caldeas y a punto de sucumbir, precisamente en el momento en el que todo el mundo trata de vender casas y tierras ante el inminente destierro a Babilonia, un primo de Jeremías se presenta en el patio de guardia donde éste estaba detenido y, para cumplir el trámite previo a cualquier transacción de tierras, le ofrece la compra de un campo en su pueblo natal.

Era una propuesta absurda: marchaban al destierro, Judá iba a quedar desierta y el retorno parecía imposible. Jeremías había anunciado incansablemente que se avecinaba destierro y, por lo tanto, nada parecía más lejano a sus intenciones que comprar una propiedad. Y sin embargo, Dios le indica que debe adquirirla: obedece y sella el contrato con gran solemnidad:

“Y compré el campo de Anatot a mi primo Hanamel; pesé el dinero: diecisiete siclos de plata. Escribí el contrato, lo sellé, hice firmar a los testigos y pesé la plata en la balanza. Después tomé el contrato sellado, según las normas legales, y la copia abierta, y entregué el contrato a Baruc, hijo de Nerías, de Majsías, en presencia de Hanamel, mi primo, en presencia de los testigos que habían firmado el contrato y en presencia de los judíos que estaban en el atrio de la guardia. Tomó los contratos, el sellado y el abierto, los metió en una jarra de loza y los enterró en medio de aquel campo para que se conserven muchos años. Era su manera de apostar por la promesa que le había hecho el Señor: “Todavía se comprarán casas y campos y huertos en esta tierra” (32, 10-16).

Todavía... La vida de Jeremías quedaba abierta por ese todavía, encerrada también temporalmente en la jarra de loza bajo tierra que guardaba los contratos de compra. Porque es así como

late en lo oculto la semilla que se hunde en la tierra, pero que está convocada a germinar y a dar fruto<sup>2</sup>.

La Palabra anunciada era la garantía de esa esperanza:

“Mirad que yo los congregaré, los traeré a este lugar y los haré habitar tranquilos. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Les daré un corazón entero y una conducta íntegra, haré con ellos alianza eterna, y no cesaré de hacerles bien. Gozaré haciéndoles el bien, los plantaré de verdad en esta tierra, con todo mi corazón y toda mi alma. Se comprarán campos en esta tierra, de la que decís: - Está desolada, sin hombres ni ganado. Se comprarán campos con dinero, ante testigos, se escribirán y sellarán contratos en el territorio de Benjamín y en el distrito de Jerusalén porque cambiaré su suerte - palabra del Señor” (32,37ss)

“Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi lealtad; te reconstruiré y quedarás construida, capital de Israel; de nuevo saldrás enjorada a bailar con panderos en corros; de nuevo plantarás viñas en los montes de Samaria y los que las plantan las cosecharán. Yo os traeré del país del norte, os reuniré en los rincones del mundo. Qué gran multitud retorna; entre ellos hay ciegos y cojos, preñadas y paridas; si marcharon llorando, los conduciré entre consuelos, los guiaré hacia torrentes, por vía llana y sin tropiezos” (31,3ss)

Toda la vida de Jeremías consistió en una apuesta por ese “cambio de suerte”, apoyando en la Palabra de Dios su propia fidelidad. Y su esperanza no quedó defraudada.

2. “La afirmación fundamental de la filosofía perenne es que los hombres y las mujeres pueden crecer y desarrollarse (o evolucionar) a través de toda la secuencia escalonada de niveles hasta llegar al Espíritu, en donde tiene lugar la identificación con la “entidad suprema”, con la divinidad, con aquel o aquello que nos sostiene y nos da sentido, el ens perfectissimus al que aspira todo crecimiento y evolución. En este proceso se reconocen tres etapas, identificadas como: Caos, etapa muda de enclaustramiento o de lucha. Aceptación, entrega, etapa expresiva o de transición. Trascendencia, maduración y nueva identidad”. (E. Benito y J.L. Barbero, “Incorporando las tradiciones de sabiduría” O.c. p.53-56)